

Entre Malthus, Godwin y El Cairo

Pablo Simón Lorda

Médico de familia y especialista en bioética.
Miembro del Instituto E. Mounier.

1. Godwin y Malthus

No es posible abordar un análisis sobre el problema de la población en nuestra época sin traer a colación el famoso *Ensayo sobre la población* de Robert Malthus (1736-1834). Es una cita obligada. Sin embargo las referencias al trabajo de Malthus suelen ser de pasada y, a menudo, de oídas. Pocos señalan que, por ejemplo, el opúsculo de Malthus es en realidad un escrito polémico, dirigido contra dos autores muy importantes: Condorcet y, sobre todo, William Godwin. Tanto es así que el título completo de la primera edición del libro, de 1798, era *Ensayo sobre el principio de la población, en la medida en que afecta la mejora futura de la sociedad, con referencia a las especulaciones de Mr. Godwin, Mr. Condorcet y otros escritores* (en adelante el Ensayo).¹ Estos otros escritores son Adam Smith, Wallace o Price. Pero los relevantes son sin duda Condorcet, al que dedica dos capítulos —el 8 y el 9—² y William Godwin, con quien polemiza directamente en 6 de los 19 epígrafes del escrito —los capítulos 10 al 15 ambos incluidos—.

William Godwin (1756-1836) es un autor muy poco conocido a pesar de haber sido uno de los autores de filosofía política más relevantes de la Inglaterra de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Han sido los autores anarquistas los que lo han rescatado del olvido y lo consideran uno de sus predecesores históricos más relevantes.³ Sin embargo lo cierto es que Godwin es un personaje difícilmente clasificable. Como no podía ser de otra manera por el tiempo y el lugar que le tocó vivir, Godwin pertenece en realidad a la tradición ilustrada liberal británica que nace con Locke, pero fuerte-

mente influenciada lógicamente por la experiencia de la Revolución Francesa, sobre todo por las posiciones más radicales. Es pues, digámoslo así, un «liberal de izquierdas» cuyas ideas sobre la organización política y sobre la propiedad lo hacen acreedor del título de «proto-anarquista». Pero es preciso señalar que su argumentación ética es la mayoría de las veces de corte utilitarista, fuertemente deudora de Hume, y muchas de sus afirmaciones parecen escritas por el mismísimo Bentham (1748-1832), cuya obra no sabemos si conoció. Sin embargo también fue buen conocedor de los clásicos griegos, y muchos de sus planteamientos morales tienen asimismo raíces socráticas, platónicas y aristotélicas.

La biografía de Godwin es, como su obra, extraordinariamente sugerente.⁴ Baste recordar que estuvo casado con Mary Wollstonecraft, una de las más importantes feministas de su época —*Vindicación de los derechos de la mujer*, 1792—. De este matrimonio nació Mary Godwin, que sería la esposa de uno de los mayores poetas románticos ingleses, Percy Bisshe Shelley, quien estaba fascinado por las ideas de William Godwin, a quien consideraba su mentor espiritual.⁵ Mary (Godwin) Shelley pasó a la posteridad por ser la autora de la novela *Frankenstein*, quizás uno de las exposiciones más interesantes del mito antropológico de la Modernidad por su simultánea mezcla de apología y crítica de esa aspiración a la divinidad de la que hablaría Feuerbach. Por su parte, la hijastra del desgraciado segundo matrimonio de Godwin mantendría relaciones con Lord Byron, de las que nacería una hija, Allegra. God-

win, que renegó de su actividad como sacerdote presbiteriano, desarrolló una intensa actividad como ensayista, novelista y periodista, pero su situación económica fue más bien siempre precaria toda su vida. No fue un activista político, sino un apasionado buscador de la verdad mediante la reflexión filosófico-política. Murió en Londres en 1836, siendo un modesto y olvidado funcionario.

Su obra más importante fue *Investigación en torno a la Justicia Política, y su influencia en la virtud y la felicidad generales*, (en adelante *Justicia Política*) publicada en 1793, y que causó una auténtica conmoción entre la nobleza y la burguesía de su tiempo.⁶ En 1797 apareció asimismo una recopilación de ensayos suyos con el título de *Enquirer*. Uno de estos ensayos, el dedicado a la avaricia y la prodigalidad, será el que moverá a Malthus a ocupar

de la obra de Godwin, como lo atestigua la primera frase del Prefacio de su Ensayo (1798): «Este Ensayo debe su origen a una conversación con un amigo, en torno al ensayo del señor Godwin sobre la avaricia y la prodigalidad, publicado en su *Enquirer*».⁷ El «amigo» en cuestión era en realidad su padre, Daniel Malthus —que fue íntimo amigo de Hume y Rousseau—, simpatizante de muchas de las ideas de Godwin. Pero el grueso de la crítica de Malthus a Godwin toma como referencia algunos de los párrafos que éste dedica al tema de la población en su *Justicia Política*.

La *Justicia Política* de Godwin es una obra fascinante, un auténtico tratado de ética política que consta de ocho libros. Hay allí páginas bellísimas. En él subyace una antropología típicamente moderna de corte roussoniano, totalmente confiada en las posibilidades del progreso humano ilimitado cuando se sigue la propia razón, y en la bondad innata del hombre cuando se le libera de

las perversiones de origen social, que le desvían de su natural inclinación a la búsqueda de la verdadera felicidad. Desde estas premisas Godwin realiza en su obra una profunda crítica a todos los sistemas de gobierno, incluidos los contractualistas, y diseña un sistema social presidido por la ausencia del Estado y por la abolición del monopolio de la propiedad. Su descripción del sistema equitativo de propiedad,

que lleva a cabo en el libro VIII, tiene un tinte amable e ingenuo, pues está convencido que no se llegará a él por la fuerza de las armas y la violencia, sino en la medida en que los hombres descubran que es el único sistema que racionalmente puede proporcionar la felicidad auténtica. Su conexión con la literatura utópica del Renacimiento es innegable, pero sus propuestas son menos visionarias, más analíticas, en definitiva, más ilustradas que en aquella. La concepción que Godwin tiene de la propiedad está estrechamente vinculada a su idea de que sólo es legítima en la medida en que cumpla su función social, cual es la de elevar el



caudal de felicidad y bienestar general de todos. Godwin está convencido de que su sistema igualitario puede garantizar un progreso indefinido de la humanidad. Es entonces cuando surge, ante esta idea —como en Condorcet— el potencial problema de la superpoblación de la tierra, puesto que a la cuestión del aumento de la población debido al bienestar se añade la firme creencia en la posibilidad de alargar casi indefinidamente la vida humana. Godwin aporta dos soluciones que son las que va a criticar precisamente Malthus. Una la convicción de que el desarrollo del potencial científico y técnico de una humanidad en situación de bienestar puede llegar a movilizar los suficientes recursos como para alimentar a una masa de población inimaginable. El problema, por tanto, se retrotrae hacia un futuro demasiado lejano como para resultar preocupante. La segunda solución parte de la convicción de que a medida que se logre el desarrollo integral de los hombres en la situación de equidad, la preocupación por la búsqueda intelectual del placer de la Verdad irá desplazando a otro tipo de intereses más bajos, como el sexual. Por tanto en la sociedad igualitaria se caminará hacia un situación de autocontrol del crecimiento de la población.

2. Malthus y Godwin

Si penoso es el poco conocimiento que en general se tiene de la figura de Godwin, igualmente de lamentable es la idea que de Malthus se posee en determinados círculos, donde es considerado como una especie de bestia inhumana. Tales juicios maniqueos suelen ser fruto de la ignorancia. Lo cierto es que Malthus es un personaje tan fascinante como Godwin, por más que sus planteamientos nos resulten altamente cuestionables.

Daniel Malthus, el padre de nuestro autor, era un típico *country gentleman inglés*, esto es, un hacendado rural de clase media que vivía de las rentas que le proporcionaban sus propiedades. Como gran amigo y admirador de Hume y Rousseau, que frecuentaron su casa, su segundo hijo, Robert, fue educado en un ambiente intelectual muy selecto, decididamente

influenciado por el *Emilio* de Rousseau. Asimismo Robert fue, como Godwin, un gran conocedor de la cultura clásica. En 1784 ingresó en el *Jesus College* de Cambridge. Allí tuvo como compañeros a quienes llegarían a ser brillantes figuras de la intelectualidad británica, como al poeta Coleridge o al explorador Clarke. En 1788 tomó las órdenes religiosas, y a partir de entonces repartió sus estancias entre Cambridge y una vicaría cercana. Pero la vida académica fue absorbiéndole más y más. En 1804 se casó, y de su matrimonio nacieron tres hijos. En 1805, a los 35 años, ocupó la primera cátedra de Economía Política de la historia de Inglaterra, en el *East India College*. Abandonaría definitivamente sus dedicaciones religiosas para concentrarse en la vida erudita y universitaria, como prestigioso profesor. Murió en 1834, en medio del reconocimiento generalizado a su labor como economista.

El primer *Ensayo* (1798) es una obra juvenil. Posteriormente Malthus fue ampliándolo en sucesivas ediciones, que apagaron la brillantez polémica de la primera edición y lo volvieron un texto farragoso. Pero lo más interesante es que el *Ensayo* supuso el estímulo inicial para desarrollar toda una investigación sobre economía política, investigación que se vio alentada por su estrecha amistad con David Ricardo (1772-1823), con quien discrepa en muchos puntos de su teoría económica. El culmen de esta investigación son sus *Principios de Economía Política* (1820), una obra capital del pensamiento económico clásico.⁸ «¡Si Malthus y no Ricardo hubiera sido el tronco del que brotó la ciencia económica del siglo XIX, cuánto más sabio y rico sería hoy el mundo!», decía Keynes, para resaltar que no pocos de los planteamientos de la economía del bienestar tienen en realidad su origen, paradójicamente, en las ideas económicas de Malthus.⁹

Pero lo que nos interesa ahora es el planteamiento de Malthus sobre el problema de la población. En el capítulo 1 del *Ensayo* Malthus esboza con extraordinaria claridad lo que pretende demostrar. Establece, pues, dos premisas: «Primero: el alimento es necesario a la existencia del hombre» y «Segundo: la pasión en-

tre los sexos es necesaria y se mantendrá prácticamente en su estado actual». Y afirma que a partir de ellas, el análisis de la evolución social y económica lleva a la siguiente conclusión:

La capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre. La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética. Basta con poseer las más elementales nociones de números para poder apreciar la inmensa diferencia a favor de la primera de estas dos fuerzas.¹⁰

Es obvio que lo que hace Malthus es criticar las dos soluciones que Godwin daba al hipotético problema de la sobrepoblación de su sociedad igualitaria: no cree en la capacidad ilimitada de producir alimentos, ni cree en la progresiva extinción del deseo sexual. Pero Malthus no se detiene aquí, lo que hace es negar precisamente la posibilidad de una sociedad igualitaria porque las propias leyes de la naturaleza lo impiden. Estas leyes obligan a la eterna lucha por el espacio y por el alimento, recursos siempre limitados, y por tanto ejercen una presión restrictiva sobre el crecimiento de las poblaciones, vegetales, animales y humanas.¹¹ Es, por tanto, esta ley de la naturaleza la que hace que unos ganen y otros pierdan, es ella la que insta las desigualdades sociales y la miseria de buena parte de la población, para facilitar que los efectivos de la misma se mantengan al mismo nivel que los recursos económicos de toda la sociedad en conjunto. En el fondo, el verdadero destino de los ataques de Malthus es la postura de Godwin ante el Estado y la propiedad, y lo que defiende es la estructura social y económica establecida, por ser, al decir suyo, producto directo de las leyes de la naturaleza:

Ninguna pretendida igualdad, ninguna reglamentación agraria, por muy radical que sea, podrá eliminar, durante un siglo siquiera, la presión de esta ley, que aparece, pues, como decididamente opuesta a la posible existencia de una sociedad cuyos miembros puedan todos tener una vida de reposo, felicidad y relativa holganza y no sientan ansiedad ante la dificultad de proveerse de los medios de subsistencia que necesitan ellos y sus familias.¹²

Las argumentaciones de Malthus tienen un sabor decididamente conservador y, curiosamente, un trasfondo igualmente utilitarista, como en Godwin. Pero éste es el lado oscuro del utilitarismo, puesto que si la mayor felicidad colectiva que puede conseguirse es la que emana del orden social establecido, está justificada la miseria de muchos si con ello se garantiza el bienestar «general». Malthus, que se inserta como Godwin en la tradición liberal británica es, sin duda y a diferencia de éste, un «liberal de derechas».

Para Malthus este orden económico y social está amenazado por la constante tendencia de las capas más bajas de la población a aumentar su número, que sólo logra evitarse por la presión que la miseria ejerce en contra de esta tendencia. Por eso las leyes de beneficencia —las *poor law* inglesas— le parecen tan nefastas, porque permiten que los más pobres se liberen de la miseria en un grado suficiente como para, sin salir en realidad de la pobreza, se anule el efecto disuasorio y comiencen a reproducirse, con lo que el número de pobres no hace sino aumentar, y al haber más personas con las que repartir los bienes escasos, se produce a la larga un empobrecimiento general de toda la sociedad. Lo más que puede hacerse con la miseria es seguir el *principio de caridad*, que obliga a mitigar el sufrimiento de los demás, pero que nunca puede tratar de subvertir la desigualdad ordenada por las leyes de la naturaleza.

Con todo hay que decir que Malthus no era partidario de los métodos artificiales de control de la natalidad, lo que propugnaba era convencer a los pobres de que practicasen la abstinencia sexual y, sobre todo, retrasar al máximo la edad del matrimonio.

La antropología que subyace en las posiciones de Malthus es de corte netamente pesimista, quizás no hobbesiano pero sí filocalvinista. Desconfía netamente de las capacidades del hombre, de su razón, y de las posibilidades de un desarrollo científico y técnico que haga progresar a la humanidad, porque en el fondo está convencido de que ello sería antinatural.

3. Malthus después de Malthus, Godwin después de Godwin

Las ideas de Malthus fueron adquiriendo fuerza a lo largo del siglo XIX, a medida que se agudizaban las contradicciones económicas y sociales de la revolución industrial y la miseria aniquilaba las masas obreras. A finales del siglo XIX a las ideas malthusianas se incorporaron nuevos elementos. Eran los provenientes de las teorías eugenésicas, que llevando al extremo los argumentos naturalistas de Malthus y la ideología darwiniana, tratarían de biologizar las causas de la miseria. El lado más oscuro de la Eugenesia —porque también tiene vertientes positivas, y no pocas— llevaría, como ya se sabe, a la experiencia del nazismo.

Por el contrario las ideas de Godwin encontraron poco eco a lo largo del siglo XIX, dominado por los gigantes de las teorías anarquistas, socialistas y comunistas. Marx, Engels, Bakunin, etc. y no Godwin, pasarán a la historia como los teóricos de la justicia política y económica y de la crítica al Estado y a la propiedad.

Después de la segunda mundial, con el advenimiento del período de prosperidad económica mundial que llega hasta 1973 —crisis del petróleo—, se produce un hecho curioso: en lo relativo a la población los estados ricos de Norte comienzan a comportarse *cuasi-godwinianamente* consigo mismos, pero *malthusianamente* cuando miran a los países pobres del Sur, cuya prosperidad económica no es suficiente para sacarlos de la miseria, pero sí para multiplicar vertiginosamente su población.

Decimos que los países del Norte se comportan *cuasi-godwinianamente* porque parecen cumplir a pies juntillas los postulados de Godwin sobre la población. Por un lado creen firmemente en la posibilidad de un desarrollo científico y técnico ilimitado que puede proporcionarles unos grados de bienestar y desarrollo incomensurables. Por otro confirman su idea de que a mayor bienestar mayor autocontrol del crecimiento de la población, pero no porque las personas tiendan a dedicarse a las virtudes intelectuales, sino porque quieren disfrutar de su creciente poder económico, de su ocio, etc, cosa que exige limitar el número de

hijos y que les facilita la creciente generalización de los métodos anticonceptivos. Pero en cualquier caso lo que bajo ningún concepto admiten los países del Norte son los planteamientos críticos que subyacen y dan sentido a las ideas de Godwin: su condena al sistema monopolístico de la propiedad. En esto siguen siendo malthusianos a ultranza, y sobre todo en lo relativo a sus relaciones con los países del Sur. Éstos, por su parte, sí parecen cumplir las profecías de Malthus, puesto que se produce en estos años una auténtico despegue poblacional que no se corresponde con su despegue económico, que sigue siendo ínfimo. Es entonces cuando los países ricos fuerzan a muchos países del Sur a adoptar las primeras políticas natalistas

Pero en 1972 el Informe del Club de Roma titulado *Los límites del crecimiento* puso de manifiesto que la convicción en las posibilidades del ilimitado desarrollo de la sociedad mundial era una quimera, que los recursos eran limitados y que si la población seguía creciendo como hasta la fecha la situación podía volverse catastrófica. El informe ha sido muy criticado, pero lo cierto es que supuso que comenzara a aceptarse que, más allá de los egoístas intereses ocultos de los países del Norte que habían movido hasta entonces las medidas natalistas, y que como veremos han seguido actuando, lo cierto es que el crecimiento desmesurado de la población era un problema en sí mismo que no podía ser ignorado por la sociedad internacional, porque amenazaba a todos. Por eso en 1974 se celebró en Bucarest la primera Conferencia Mundial sobre Población, y en 1984 en México, la segunda. Pero sólo ha sido en la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de El Cairo de 1994 cuando ha comenzado a admitirse que la solución del problema no puede ser sólo estrictamente demográfica.

4. El sistema equitativo de propiedad de Godwin, la asignatura pendiente de El Cairo

Nadie que sea mínimamente responsable puede obviar a estas alturas que el crecimiento de

la población, sobre todo en los países del Tercer Mundo, es un problema muy serio que afecta a toda la humanidad, porque lo cierto es que los recursos del planeta, se repartan como se repartan parece que son limitados y no podrán sostener un crecimiento indefinido de la población. Nadie que sea mínimamente responsable puede renegar por tanto de la necesidad de incentivar el control de la natalidad en estos países. Y el desarrollo de estas políticas debe de realizarse con los medios que resulten más eficaces, que no son otros que la educación sexual y la difusión de los métodos, sean o no naturales. Como bien dice el documento final de la Conferencia,¹³ entre ellos no puede encontrarse el aborto, ni tampoco la esterilización obligatoria.¹⁴

Negarse a reconocer la necesidad del control demográfico limitándose a afirmar que el problema de población es un pseudo-problema creado por las naciones ricas es inaceptable. Afirmar que no deben realizarse políticas de control de natalidad para que al final la «bomba demográfica» termine por hacer estallar la injusta estructura de la comunidad internacional, es utilizar a los pobres de la tierra como medios y no como fines en sí, y aceptar la muerte diaria de miles de víctimas de la miseria, en la «esperanza» —cómoda por parte de quienes tales cosas afirman— de que entonces se dará algún sentido al cruel sinsentido de sus actuales muertes.

Pero lo que también resulta inaceptable es reducir todo el problema a la dimensión demográfica y pretender que la única solución necesaria son políticas natalistas. Los países ricos han pretendido mantener esta idea durante mucho tiempo. Y desde esta perspectiva estuvieron planteadas las dos anteriores Conferencias. Pero las evidencias en contra de esta visión tan sesgada era ya tan abrumadoras que la Conferencia de El Cairo se ha visto en la ineludible necesidad de plantear la cuestión en el doble término de *población y desarrollo*.¹⁵ Y es que facilitar el desarrollo económico, político, social y cultural de los países del Sur es tan importante como el fomentar el control de la natalidad. Políticas de desarrollo sostenible —no

equivalentes por tanto a la que sustenta el modelo desarrollista de los países del Norte, basado en el consumo ilimitado—, socialmente equitativas, económicamente eficaces y respetuosas con el medio ambiente, son pues el otro brazo que la Conferencia de El Cairo plantea como imprescindible para controlar el problema de la población. Pero hay que decir que el documento final expresa esta idea, tan importante, de manera muy escasa en espacio y profundidad, lo que hace sospechar que la cuestión sigue siendo difícilmente aceptada por los países ricos.

En conjunto, la lectura de el texto del documento de la Conferencia de El Cairo no puede sino suscitar la conformidad y el apoyo de todos los que quieran enfocar el problema de manera sensata. El problema no lo plantea pues lo que se dice, sino lo que no se dice. Y aquí es donde se vislumbra el interés en recordar y repasar la polémica de Godwin y Malthus. Porque lo que se ha ocultado en la Conferencia de El Cairo es en el fondo lo mismo que enfrentó a Godwin y a Malthus hace ya dos siglos: que la solución última del problema tiene que ver con la forma de entender la propiedad; en nuestro caso, con la estructura económica internacional basada en la sistemática explotación y expolio del Tercer Mundo por parte de los países del Norte rico. No se trata pues sólo de poner a punto políticas natalistas y de desarrollo; esto es muy importante y muy necesario, pero no llega al fondo de la cuestión. Lo que hay que plantear además es el reparto de una riqueza que está ya de entrada desigualmente distribuida. No se puede tratar sólo de que los ricos *ayuden solidariamente* (desarrollo) a los pobres a salir de su miseria, sino de que además empiecen por *renunciar justamente* (reparto) a mantener el desequilibrio preestablecido por su propia riqueza. Esta es pues la tarea pendiente: definir un auténtico *sistema equitativo internacional de la propiedad* como el que quería Godwin. De lo contrario todas las grandes Declaraciones, como la de los 15 principios del documento final de la Conferencia de El Cairo, seguirán pareciendo hermosas palabras escritas sobre papel mojado. Y el grito de God-

win continuará sonando, inquebrantable, en nuestros oídos:

Si la justicia tiene algún sentido, es inicuo que un hombre posea lo superfluo, mientras existan seres humanos que no dispongan adecuadamente de esos elementos indispensables (...). Los hombre se han habituado a tal punto a la contemplación de la injusticia, de la iniquidad y la opresión, que sus sentimientos han llegado a atrofiarse y su inteligencia se ha vuelto incapaz de comprender el sentido de la verdadera virtud.¹⁶

Notas

1. MALTHUS, R. *Primer ensayo sobre la población*. Madrid: Alianza, 1966.
2. Las críticas a CONDORCET tienen como objetivo su famoso *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, publicado en 1793. (Madrid: Editora Nacional, 1980).
3. GARCÍA MORIYÓN, F. *Del socialismo utópico al anarquismo*. Madrid: Cincel, 1985.
4. CANO RUIZ, B. *William Godwin, su vida y su obra*. México: Ideas, 1977.
5. SHELLEY, P. B. *No despertéis a la serpiente. Antología poética bilingüe*. Traducción, prólogo y notas de Juan Abeleira y Alejandro Valero. Madrid: Hiperión, 1991.
6. GODWIN, W. *Investigación acerca de la justicia política*. Madrid: Júcar, 1986. Edición incompleta —faltan varios capítulos— realizada en papel y tipografía propiciadores de la ceguera del lector, pero que al menos, tiene el mérito de ser la única de la que disponemos en España. Incluye además un hermoso artículo introductorio redactado por Diego Abad de Santillán en 1945 para la edición que de la obra se hizo en Argentina.
7. MALTHUS, R. *Op. cit.* p. 43.
8. BARBER, W. J. *Historia del pensamiento económico*. 4ª ed. Madrid: Alianza, 1980; 53-71.
9. LORD KEYNES. «Robert Malthus (1766-1834). El primer economista de Cambridge». En MALTHUS, R. *Op. cit.* pp. 7-40.
10. MALTHUS, R. *Op. cit.* pp. 52-53.
11. Darwin será influido por este planteamiento de Malthus.
12. MALTHUS, R. *Op. cit.* p. 55.
13. NACIONES UNIDAS. *Conferencia Internacional de El Cairo sobre Población y Desarrollo. Programa de Acción*. Madrid: PPC, 1995.
14. En cuanto a la prevención de la infección por el VIH, el documento insiste abiertamente en la necesidad de difundir al máximo todas las medidas preventivas eficaces, incluido el uso del preservativo. La postura de la Iglesia Católica, negándose a legitimar moralmente el uso del preservativo como medida preventiva adecuada es muy cuestionable. A veces parece caminar más a favor de la «cultura de la muerte», que tanto se denuncia, que de la «cultura de la vida», que tanto se proclama.
15. Como muy bien lo ha expresado en su brillante análisis sobre el documento Javier Gafo. GAFO, J. «La Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo». En: NACIONES UNIDAS. *Op. cit.* pp. 5-22.
16. GODWIN. *Op. cit.* pp. 366 y 373.